Biopolítica, animalidad y el porvenir de los estudios literarios

Félix Rodríguez Rodríguez

Universidad Complutense de Madrid
felrodri@filol.ucm.es

Resumen
Este ensayo aborda algunas de las implicaciones para la interpretación literaria del concepto de biopolítica tal como ha sido formulado por Giorgio Agamben. De modo más concreto, trata de dilucidar en qué medida sus conclusiones acerca del control de la vida biológica por parte de los sistemas de poder, o sobre la 'medicalización' del cuerpo, parecen poner seriamente en entredicho el modo de análisis interpretativo ideológico e intervencionista de los estudios culturales, la tendencia preponderante en la crítica literaria actual. El carácter totalizador del biopoder invalidaría los efectos emancipadores de un método basado en la contraposición de representaciones contingentes. A este respecto, y como posible elemento esclarecedor, este ensayo indaga de igual manera en el estudio de las relaciones entre humanidad y animalidad publicado por el pensador italiano recientemente.

Palabras clave: biopolítica, estudios literarios, el cuerpo, humanidad, animalidad.

Abstract
The aim of this paper is to examine some of the implications of Giorgio Agamben's concept of biopolitics for literary studies. More specifically, it discusses the ways in which his views on the social and political management and control of biological life, what he calls the 'medicalization' of the body, seriously challenge the ideological and socio-political approach of cultural studies to literary texts, a dominant tendency in literary criticism of the last decades. It also questions whether the ubiquitous nature of biopower invalidates a method based on the comparison of contingent representations. In this respect, and as a possible clarifying element, this paper looks into Agamben's most recent work in which the discussion of the conflict between humanity and animality leads to a new perspective on biopolitics.

Key words: biopolitics, literary studies, the body, humanity, animality.

Como el título deja bien claro, el propósito fundamental de lo que sigue es contribuir a la tarea de dilucidar y valorar las repercusiones que sobre la teoría literaria actual pudiera tener la noción de biopolítica elaborada en los últimos años por Giorgio Agamben. Este fin no debería sorprender a nadie habida cuenta del carácter interdisciplinario o multidisciplinario que hoy en día identifica a los estudios literarios. Es de sobras conocido que en la actualidad la teoría literaria se asemeja más que nunca a un cruce de caminos en el que confluyen las más diversas áreas del saber y, por tanto, resulta recomendable, incluso exigible, que se preste la necesaria atención a una de las teorías sobre política y sociedad que mayor impacto ha tenido en el pensamiento contemporáneo. Con mayor razón aún si, como aquí se intentará demostrar, afecta de manera relevante el modelo interpretativo del enfoque hoy hegemónico en el análisis de textos literarios, esto es, el modelo empleado por los denominados estudios culturales.

Formulados principalmente en sus obras *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida* y *Medios sin fin*, para muchos serán ya familiares los supuestos en los que Agamben asienta su reflexión acerca de la regulación y significados de la vida biológica en la sociedad contemporánea. A su juicio, la política de nuestro tiempo comprende de manera decisiva el firme propósito de integrar "la vida natural del hombre en los mecanismos y los cálculos del poder" (Agamben 2003: 151) y, por tanto, sólo puede ser correctamente entendida como biopolítica. Desde que surgiera allá por el siglo XVII, según ya apuntase Michel Foucault en *La voluntad de saber*, como un intento por parte del poder soberano de ordenar y disciplinar la vida biológica de la población, es decir, la natalidad, la mortalidad, la enfermedad, la longevidad, parcelas de la vida que hasta entonces habían permanecido circunscritas al ámbito privado de los individuos, el biopoder no ha hecho sino extender y afianzar su dominio de manera implacable y concienzuda. De tal manera que hoy en día apenas se descubren resquicios en su control férreo y absoluto. En consecuencia, las diversas representaciones sociales y culturales habitualmente utilizadas para describir y concebir el cuerpo coinciden con las establecidas y difundidas por los sistemas de poder para ejercer su voluntad represora. La acción totalitaria del biopoder alcanza no sólo las normas y conductas sino el modo de pensar lo biológico por parte de los individuos. "La propia separación de la nuda vida", señala Agamben en *Medios sin fin*, "se realiza de forma cotidiana y masiva por medio de las representaciones pseudocientíficas del cuerpo, de la enfermedad y la salud", y de la "medicalización de esferas cada vez más amplias de la vida y de la imaginación individual" (Agamben 2001: 17).

Inútil parece cualquier tentativa o estrategia para zafarse de esta persistente y ubicua "medicalización" que somete el cuerpo. Todas y cada una de las representaciones o discursos que existen o pudieran existir sobre él están o estarían contenidos en la noción general de cuerpo "medicalizado" generada por el poder, incluidas aquellas descripciones alternativas e "inventadas" que pudieran ser propuestas para evitar precisamente dicha "medicalización." O dicho de otro modo, el biopoder tiene repartidos sus mecanismos de control en todas las representaciones posibles en que se manifieste la idea de cuerpo. "Incluso el concepto de 'cuerpo'", escribe

Agamben en *Homo Sacer*, "está ya siempre agregado a un dispositivo; es, pues, siempre, cuerpo biopolítico y nuda vida, y no hay nada en él […] que parezca ofrecernos un terreno sólido contra las pretensiones del poder" (Agamben 2003: 237). Si la política ha devenido biopolítica, el cuerpo se ha vuelto inexorablemente un cuerpo biopolítico, cualquiera que sea su construcción o configuración. No existe espacio ni margen para una vida biológica no biopolítica, para un cuerpo no regulado por los sistemas de poder. Toda versión de la vida biológica que se establezca lleva ya en su interior, en su mismo origen tal vez, ese dispositivo que la adapta a los intereses del poder y, en este sentido, cabría incluso inferir, a juzgar por las palabras de Agamben, que las representaciones que parecieran en un principio contravenir las hegemónicas, o persiguieran expresamente reemplazarlas, fortalecería el biopoder en vez de socavarlo.

Estas consideraciones de Agamben acerca de la biopolítica no van dirigidas, desde luego, a las investigaciones que realizan los estudios culturales, pero parece indiscutible, a poco que se examinen con la vista en ellos, que ponen seriamente en entredicho su modelo de análisis. Y no sólo porque el cuerpo se haya convertido en uno de los temas predilectos y recurrentes de dichos estudios, sino porque, sea éste o cualquier otro aspecto del que se ocupen, su aproximación a la literatura destaca por ser, como comenta acertadamente Jonathan Culler, "intervencionista," es decir, por pretender que el análisis no conduzca a "una mera descripción, sino a una intervención en la cultura" (Culler 1997: 49), a un llamamiento a transformar la realidad investigada y denunciada. Los críticos culturales optan por una perspectiva de tipo socio-político e ideológico que, en última instancia, confía en impulsar cambios en el contexto histórico. Es cierto que del mismo modo que Agamben ellos también fundan buena parte de su método y de sus premisas en los estudios historicistas de Foucault. Sin embargo, a diferencia de él que, como se acaba de ver en el caso del cuerpo y lo biológico, alerta de la propagación ilimitada de los instrumentos represores del poder en los múltiples discursos contingentes propiciados por la cultura, ellos resaltan las posibilidades de emancipación que concede precisamente este conjunto mudable de significados y valores relativos y no esenciales. Y en esta discrepancia reside el obstáculo que la teoría de la biopolítica plantea a la crítica cultural. La definición de un poder omnímodo que acoge y asimila a todas las representaciones del cuerpo, incluso a aquellas originalmente contrarias a sus objetivos, no puede sino llevar a una situación de parálisis, de indecisión impotente, a un método, el de los estudios culturales, que persigue distinguir y elegir entre unas representaciones y otras. El propósito de actuar en la cultura, o en la sociedad, desaprobando ciertas representaciones y promoviendo otras, es denegado por la capacidad asimiladora del biopoder. Ante la omnipresencia de la biopolítica, que abarca todas las variantes existentes o potenciales, tanto la censura de discursos denunciables como la "invención" de otros emancipadores parecen esfuerzos condenados igualmente al fracaso. Así, en el terreno específico de la interpretación literaria, los "dispositivos" disciplinarios con los que el poder dota a todas las representaciones, integrándolas en su sistema de "medicalización", dejarán bajo sospecha, como poco, cualquier conclusión "intervencionista" sobre una determinada descripción del cuerpo en un texto literario, sea dicha conclusión para elogiarla y ponerla como ejemplo a seguir, sea para reprobarla y demandar su sustitución. La ubicuidad de los resortes de control vuelve inestable e incierto el objetivo, consustancial al método,

de discriminar entre las representaciones culturales del cuerpo que se confronten. La noción de biopolítica de Agamben invalida prácticamente por completo el análisis literario, de fines ideológicos, que se base en la contraposición de discursos culturales sobre el cuerpo.

Porque en ellos la existencia biológica y su "medicalización" ocupan un lugar preferente, es probable que la mejor elección para ilustrar esta incompatibilidad entre la biopolítica y los estudios culturales sea una de sus ramas más pujantes en los últimos años, la que la crítica anglosajona denomina "estudios de la edad" (*age studies*). A pesar de que en un principio abarquen todas las fases de la vida, estos "estudios de la edad", según era previsible, se centran de manera abrumadora en la vejez, y, en consecuencia, suelen examinar cómo es representado el cuerpo crecientemente frágil de quienes envejecen en las distintas manifestaciones de la cultura. El predominio de los estudios culturales en la crítica literaria de las dos últimas décadas, con su afán por indagar en cuestiones sociales, ha contribuido a un interés, nunca antes visto, por la vejez. Pero, sobre todo, ha determinado la perspectiva adoptada generalmente para abordarla. Al igual que en otras divisiones de los estudios culturales que tienen por objeto categorías como el género, la raza o la clase social, el análisis toma por regla general una orientación socio-política e ideológica: el método interpretativo debe colaborar en la denuncia y reparación de las situaciones de injusticia y represión que ponga al descubierto. Lo cual revela, a la par, la naturaleza contingente de las prácticas y discursos culturales y, por tanto, la posibilidad cierta de modificarlos. En su caso, los "estudiosos de la edad" se proponen erradicar todas aquellas representaciones de la vejez, en el arte en particular, que consideren *ageist*, esto es, que muestren una visión, a su entender, amarga y sombría de la vejez. Reivindican la vejez como una fase de la vida digna y plena a la que es preciso liberar de los estereotipos y prejuicios que la vinculen pesimista y fatalmente al desamparo y al sufrimiento. Así, según puede leerse en una reciente enciclopedia de términos literarios, el fin mayor de los "estudios de la edad" es el fomento de "intervenciones" que liberen a la vejez de los tropos de "declive y de pérdida" que convencionalmente la caracterizan. Puesto que la vejez está constituida por discursos culturales e históricos y, por tanto, no "posee un componente de horror esencial e ahistórico", resulta preciso y viable redefinirla como un periodo creativo con "nuevos conflictos psicodinámicos" que pueden favorecer una "autonomía acrecentada, un espíritu de afirmación personal, y el activismo político" (Code 2000: 12-14).

En lo que toca al cuerpo en particular, el "componente de horror" a combatir es, desde luego, el que deriva de una salud cada vez más delicada. La tarea consiste en borrar, o compensar al menos, las construcciones históricas, ni esenciales ni necesarias, que insistentemente describen un cuerpo que se alza en progresiva rebeldía contra la voluntad y el bienestar de quien envejece. A menudo la "intervención" consiste en aconsejar representaciones culturales alternativas que mitiguen la angustia y temor que produce un cuerpo menoscabado por la pérdida de fortaleza física y la aparición de dolencias hasta entonces desconocidas o de escasa gravedad. De esta manera, en un artículo reciente, y fácilmente clasificable dentro de la corriente de los estudios culturales por su enfoque tanto historicista como multidisciplinar (se alude, por ejemplo, a "textos literarios concretos" en los que se celebra "el cuerpo juvenil" y "se teme y se opone resistencia al cuerpo viejo"), los autores

abogan desde el título mismo por "reconfigurar los cuerpos viejos" mediante lo que llaman "el motivo de la máscara". "Sobrevivir al prisma juvenil" vigente que lo margina, sobrevivir en particular a una de sus formas más poderosas, el "modelo biomédico", que ha "'problematizado' consistentemente las 'verdades' sobre el elemento del declive en el envejecimiento para así legitimar su poder, control y sometimiento de los viejos", exige que quien envejece comprenda que el cuerpo no es un organismo invariable y ajeno sino un "receptáculo maleable" que puede manipular de acuerdo con sus intereses y necesidades. El cuerpo no es algo puramente "interno" sino algo que "anticipamos y que se realiza a través y por ciertos actos corporales" y, por consiguiente, quien envejece puede proyectar su propia imagen del cuerpo, una "máscara" que él sabe en todo momento que no es sino una construcción personal, algo constituido por él mismo. Rodeado por un entorno agresivo, frente a la "mirada omnipresente de los discursos médicos", esta construcción o "acto corporal" le protegerá como un "escudo" y le permitirá "recuperar el control" (Wahidin / Powell 2003).

Como se observa, el artículo no se centra en debatir la naturaleza "interna" del cuerpo, el carácter real de las "verdades" del declive biológico, sino en reprobar los discursos culturales y disciplinarios que el modelo "biomédico" ha construido sobre ellas y en recomendar una "construcción" distinta que haga que el control del cuerpo vuelva a manos de los viejos. Por otra parte, también son evidentes las similitudes, en lo que respecta a los rasgos y a los fines, entre ese "modelo biomédico" y la "medicalización" de la que habla Agamben. En ambos casos, el propósito es regular y disciplinar la existencia corpórea de los individuos. De modo que podría afirmarse que el "modelo biomédico" está integrado en la estructura del biopoder y que, así pues, sus representaciones de los cuerpos viejos se corresponden con los mecanismos generales de control que consolidan el orden biopolítico. Aunque, a decir verdad, las "biomédicas" no serían las únicas en hacerlo. A tenor de lo expuesto por Agamben, también asegurarían dicho orden las representaciones supuestamente emancipadoras a que diera lugar el "motivo de la máscara". El poder absoluto de la biopolítica se extiende, como se vio, por cualquier tipo de representación a través de sus omnipresentes dispositivos disciplinarios. Esto significa, en efecto, la negación de los fines que los autores del artículo reclaman para la crítica cultural, incluida, recuérdese, la interpretación literaria. Su deseo de intervenir en la realidad socio-política, en la "medicalización" y sometimiento de la vida biológica de los viejos, apenas tendría consecuencia alguna; si acaso, inutilizada su potencial fuerza liberadora, la de reforzar el control del biopoder. Los "actos corporales" que quien envejece pueda constituir se convertirían irremediablemente en actos biopolíticos, y la máscara no sería el escudo protector frente a la opresión sino una más de las muchas otras máscaras del biopoder.

Ni en *Homo sacer* ni en *Medios sin fin* menciona Agamben algún elemento que amenace seriamente el dominio incontestable de la biopolítica. Nada parece vislumbrarse con la fuerza suficiente para desafiar la pervivencia de la red normativa tejida por el poder. A fin de encontrar una posible salida al biopoder soberano es preciso reparar en algunos de los argumentos que formula en su obra más reciente, *Lo abierto. El hombre y el animal*, una reflexión sobre la secular "máquina antropológica", esto es, sobre la noción de lo humano y el papel fundamental que en su evolución histórica han jugado las comparaciones y diferencias establecidas entre ani-

malidad y humanidad, que tiene como trasfondo ya reconocible su teoría de la biopolítica. A falta de otras metas de mayor importancia, escribe Agamben en cierto momento, la sociedad contemporánea parece contentarse con el afán histórico de ocuparse de la "vida natural y su bienestar", con "hacerse cargo de la vida biológica y de su 'gestión integral', es decir, de la animalidad misma del hombre" (Agamben 2005: 98). Ahora bien, el "hombre post-histórico" puede llevar a cabo esta "gestión integral" de su "vida biológica" o de, lo que es lo mismo, su "animalidad" de dos maneras distintas con resultados previsiblemente contrapuestos: o bien "no es ya el custodio de su propia animalidad en cuanto irrevelable, sino que trata de gobernarla y de hacerse cargo de ella mediante la técnica", o bien "hace suya su propia latencia, su propia animalidad, que no queda encubierta ni es convertida en objeto de dominio, sino que es pensada como tal, como puro abandono" (Agamben 2005: 102). Lamentablemente, Agamben no se detiene en este dilema tanto como sería deseable para aclarar con más detalle el sentido de sus dos opciones. Y, de otro lado, tampoco es éste el lugar para examinarlas con la profundidad que requieren. No obstante, teniendo presente el contexto en que se enmarcan, el del ensayo en que se expresan y asimismo el de los ensayos precedentes del pensador italiano, cabría deducir que la segunda es la que permitiría al hombre mantenerse a salvo de la disciplina del biopoder. Mientras que en la primera de dichas opciones la custodia de la vida biológica no la detenta el hombre sino los sistemas de poder y, por tanto, se identifica con lo que hoy ocurre bajo la biopolítica, en la segunda la existencia biológica, que Agamben prácticamente iguala a lo animal, dejaría de ser un "objeto de dominio" y, redescubierta, volvería a manos del hombre. A este respecto, el reconocimiento de lo animal en el hombre, de una participación en lo animal hasta ahora rechazada por el deseo de subrayar en exceso lo humano, se muestra como el camino más fiable para recobrar el control de la vida biológica. Sólo el desvelamiento y aceptación de una animalidad que hasta el presente ha permanecido oculta, da a entender Agamben, hará que el hombre recupere la gestión de la vida biológica, que el cuerpo se libere de los "mecanismos" y "cálculos" del poder, de las representaciones que lo regulan. Como si esa vida biológica o animal consistiera, por así decirlo, en una especie de vida pre-simbólica, esencial, que, en tanto que anterior a las representaciones y los significados, eludiera los ubicuos dispositivos de control del poder.

Para arrojar luz sobre esta recuperación no biopolítica de lo animal, y enlazarla con el análisis que aquí se procura de las repercusiones de la biopolítica en los estudios literarios, resulta oportuno consultar dos de los últimos libros de Terry Eagleton. En el primero de ellos, *Sweet Violence. The Idea of the Tragic*, que versa sobre la tragedia y los diversos sentidos de lo trágico, el crítico británico presta una atención especial al rey Lear. La contemplación de su cuerpo viejo y exhausto, que no es sino el "signo de nuestra especie material" (Eagleton 2003: 284), lleva al desvalido Lear, en el último tercio de la obra homónima, a tomar conciencia clara de lo que comparte con los demás animales, a percatarse de lo que tiene "en común con las otras bestias" (Eagleton 2003: 284). La "dependencia" a la que le ha abocado el incesante deterioro de su viejo cuerpo hace que reconozca sin ambages su propia "animalidad", esto es, su naturaleza biológica vulnerable y mortal. Precisamente, si la figura del anciano rey personifica una cierta y valiosa emancipación de la condición humana, tal cosa se debe a esta percepción final. Es sólo, concluye Eagleton,

de esta conciencia de lo animal y lo biológico en el hombre, equivalente a "una confesión mutua de finitud y fragilidad", de la que puede surgir una ética liberadora, una vida "renovada", "un nuevo orden social" (Eagleton 2003: 288).

Si se piensa en las características de la biopolítica, habría que convenir que el orden social nuevo que encarna supondría la eliminación de los sistemas reguladores del poder. La conciencia de la animalidad propia comporta necesariamente que el cuerpo deja de ser un "objeto de dominio" y es recuperado por el sujeto. Desde luego, lo dicho por Eagleton encierra la disyuntiva, presente en Agamben, entre la redención o recuperación de una auténtica existencia biológica, o la sucesión de representaciones ya incorporadas o previsiblemente incorporables por el poder. El cuerpo finito y frágil rompe el marco de las representaciones con las que el poder "medicaliza" la biología y la imaginación de la sociedad. En este sentido, parece asimismo razonable observar, de manera inversa, que la animalidad a la que se refiere Agamben, y que anularía la "gestión integral" del biopoder, es esa misma vida material frágil y dependiente que, según Eagleton, nos asemeja a las "bestias".

El segundo libro de Eagleton al que resulta pertinente acudir es *After Theory*, un ensayo sobre el estado actual y el porvenir de la teoría literaria publicado casi simultáneamente al anterior. En él apela a dicho reconocimiento de la existencia biológica finita, "animal", de los seres humanos como uno de los requisitos irrenunciables para reconducir el rumbo, en su opinión, equivocado de la crítica literaria de los últimos años. La influencia capital de los estudios culturales, a los que él llama "teoría cultural", ha llevado a la interpretación literaria a un callejón sin salida, afirma, por su obstinación en considerar los textos casi exclusivamente desde una perspectiva relativista e historicista. El crítico cultural tiende a preguntarse sobre el carácter cultural y contingente de los aspectos que analiza olvidándose, relegando a un segundo plano, que existen elementos permanentes y ahistóricos de la naturaleza humana; entre ellos, como Eagleton se encarga de destacar, los biológicos, es decir, la enfermedad, el dolor, la vejez, o la muerte. Así, mientras que presta toda su atención a un cuerpo de "plástico", "socialmente construido", es decir, a un cuerpo constituido por una serie de discursos sociales y culturales modificables, la "teoría cultural" se niega a contemplar la dimensión puramente biológica del cuerpo, su condición no contingente de "trozo de materia" que "enferma y muere" (*After Theory* 2003: 183). Los "culturalistas" se limitan a concebir el cuerpo como una "posesión" del hombre fácilmente moldeable (Eagleton 2003: 184)[1]. Según Eagleton, el modo de análisis de textos literarios que en el futuro inmediato reemplace al empleado por los estudios culturales deberá estar sustentado en una ética materialista que descanse, a su vez, en la objetividad demostrable de ciertas verdades materiales de la existencia humana; en especial, en la certeza de la finitud y fragilidad compartida con los demás animales. Sólo de este modo, dice, la teoría literaria cumplirá los objetivos socio-políticos que la "teoría cultural" se autoimpone y sin embargo incumple por su excesivo énfasis en lo meramente contingente y relativo.

---

[1] Esta concepción del cuerpo de Eagleton remite a la "vida corpórea" sobre la que reflexiona Maurice Merleau-Ponty en *Fenomenología de la percepción*: la "vida anónima" que "subtiende" la "vida personal", una vida que, a pesar de ser impensable separada de la historia y de la cultura, que la dotan de significados y valores, tampoco es absolutamente reductible a ellas; es (Merleau-Ponty 1975: 175-81).

Por supuesto, hacer hincapié en lo cultural, en lo moldeable, es justamente el propósito de los "estudios de la edad", los cuales han servido aquí para ejemplificar la confianza de la crítica cultural en construir discursos que rescaten la vida biológica del dominio del biopoder. El "cuerpo de plástico" al que alude Eagleton concuerda con el "receptáculo maleable" del artículo que varias páginas atrás hablaba de reconfiguraciones y "actos corporales" de los cuerpos viejos. Eagleton no menciona el control absoluto del biopoder, los resortes disciplinarios de la "medicalizacion" totalizadora, pero parece tan convencido como Agamben de que la recuperación de la existencia corpórea, y por ende de una intervención verdadera en la realidad, no pasa por el simple relevo o intercambio de representaciones culturales. Una coincidencia que, al tiempo, respalda obviamente lo que se ha señalado con anterioridad acerca de la significación de la biopolítica para los estudios literarios, esto es, que la descripción de unos sistemas de poder omnipotentes e ilimitadamente inclusivos pone en graves aprietos el modo de análisis "intervencionista" de la crítica cultural. Como de igual manera lo hace, fortaleciendo dicha significación crítica de la biopolítica, la común apelación de ambos autores al reconocimiento de lo animal para salir del atolladero culturalista o de la encrucijada de las representaciones "medicalizadas". Lo afirmado por Eagleton sobre la vida material y finita, sobre lo biológico y la animalidad, y su papel en una teoría literaria renovada con una capacidad verdadera de intervención socio-político, verifica, puesto que lo animal se integra o surge de su concepto general, las indiscutibles implicaciones para los estudios literarios de la biopolítica. La animalidad, reacción y salida a la biopolítica, parece confirmar que la función socio-política de la interpretación literaria, una vez aceptada como necesaria, sólo se cumplirá plenamente si se desplaza la mirada de lo cultural y sus representaciones a lo material de la existencia biológica; si, en lugar de rastrear en los textos la dimensión cultural y revisable de lo descrito, se desvelan aquellos otros pasajes en que la animalidad propia no queda encubierta, en que se reconoce abiertamente la materialidad y vulnerabilidad de lo humano[2].

BIBLIOGRAFÍA

AGAMBEN, G., *Lo abierto. El hombre y el animal*. Valencia: Pre-Textos 2005.
— *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia: Pre-Textos 2003.
— *Medios sin fin. Notas sobre política*. Valencia: Pre-Textos 2001.
CULLER, J., *Literary Theory. A Very Short Introduction*. Oxford: Oxford University Press 1997.
EAGLETON, T., *Sweet Violence. The Idea of the Tragic*. Oxford: Blackwell 2003.
— *After Theory*. Nueva York: Basic Books 2003.

[2] Esta conclusión ratificaría los comentarios que acusan a los críticos culturales de no causar mella significativa alguna en las estructuras socio-políticas en las que desean intervenir. Así, según Slavoj Zizek el "multiculturalismo", término que abarca a los estudios culturales, sólo genera "pseudo-acontecimientos" y no "acontecimientos verdaderos" que realmente promuevan cambios sustanciales. Por cierto que para Zizek, de manera muy parecida a lo propuesto por Agamben y Eagleton, estos "acontecimientos verdaderos" están indispensablemente ligados al desvelamiento de la naturaleza frágil y material de los seres humanos, "a su relación única con su finitud y la posibilidad de la muerte" (Zizek 2000: 163).

GULLETTE, M. M., «Age Studies and Gender», en: Code, L. (ed.), *Encyclopedia of Feminist Theories*. Londres: Routledge 2000, 12-14.

MERLEAU-PONTY, M., *Fenomenología de la percepción*. Barcelona: Península 1975.

WAHIDIN, A. / J. L. POWELL, «Reconfiguring Old Bodies: From the Biomedical Model to a Critical Epistemology», *Sincronia Summer 2003*, 15-VIII-2005. *http:// sincronia. cucsh. udg. mx/wahidin03. htm*

ZIZEK, S., *The Ticklish Subject*. Londres: Verso 2000.